

EXCAVACIONES EN LOS TÚMULOS DE MONTE DEVA (GIJÓN), 1998-2002

M. Á. de Blas Cortina, O. Requejo Pagés y C. Arca Miguélez

Monte Deva es el ramal occidental del complejo de sierras prelitorales que enmarcan por el este el anfiteatro gijonés. Su posición, a pesar de la discreta altitud (la cota máxima, en la zona del Observatorio Astronómico, es de 426 m), resulta excelente en términos de dominio visual sobre las tierras bajas de Gijón y el sector litoral correspondiente, con una orientación de su eje subparalela con respecto al del Monte Areo, telón de fondo por el oeste del espacio considerado. Al igual que en Areo, un enclave tan distinguido, topográficamente, como accesible no pasó inadvertido en la prehistoria neolítica convirtiéndose también, de forma progresiva, en lugar funerario.

Las primeras noticias de que en esas sierras compartidas por Gijón y Villaviciosa existieran vestigios de túmulos prehistóricos se debe, una vez más, a José Manuel González (1973: 17), orientando búsquedas posteriores que vendrían a confirmar aquellas primeras noticias (Martínez *et alii* 1992). Al tiempo que el Ayuntamiento de Gijón iniciaba la conversión de los tramos altos del Monte en Parque natural y recreativo, se propuso la indagación sobre lo existente, tanto con la finalidad de su salvaguarda como con la del análisis de la naturaleza cultural de lo preservado. Así pues, y por encargo del entonces alcalde D. Vicente Álvarez Areces y de la Fundación Municipal de Cultura, se iniciaron en julio y agosto de 1998 las primeras tareas prospectivas y de disección de varios de los enclaves arqueológicos que, al socaire de las sucesivas campañas estivales de acondicionamiento del parque, se desarrollaron entre el año señalado y 2002.

Repartiéndose a lo largo de la línea de cumbres, son diez los lugares reconocidos como potencialmente arqueológicos.

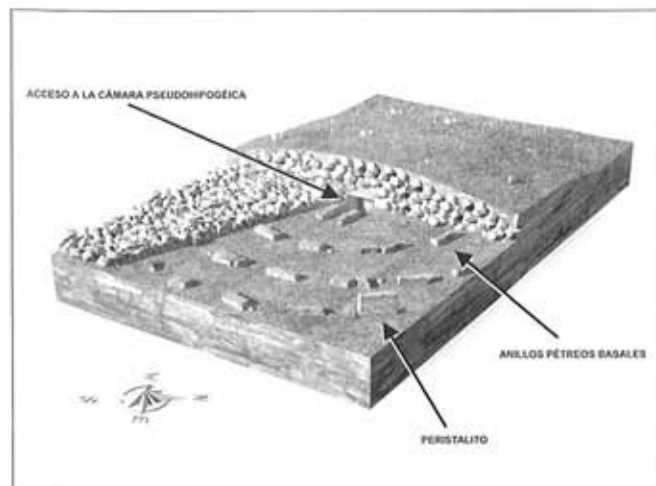


Figura 1.—Infografía con la recreación tridimensional de Monte Deva III.

Nueve de tales corresponden a arquitecturas tumulares, el restante a un afloramiento roqueño explotado como cantera por los prehistóricos. El grado de visibilidad y conservación de los diferentes yacimientos es muy desigual, hasta el extremo de que los túmulos denominados I, II, IV y VI, ofrezcan una identificación no exenta de problemas, prácticamente desmantelados por la actividad humana en un monte muy frecuentado a lo largo de los siglos. Del túmulo IV, por ejemplo, apenas restaba más indicios que la mancha de su planta circular, víctima lo edificado de un arrasamiento con pala mecánica en fecha bastante próxima. Muy tenues son los volúmenes de los túmulos I, II y VI que padecieron, como en general sucede con los restantes, un activo expolio incluyendo la extracción de sus respectivas masas de piedra. Más netas eran, afortunadamente, las estructuras III, V, VII, VIII y IX, cuatro de las cuales, junto con un sector de la cantera, fueron diseccionadas arqueológicamente.

EL MEGALITO MONTE DEVA III (Figs. 1 y 2)

Pese al fuerte saqueo, lo conservado mostraba todavía testimonios expresivos de un considerable volumen que probablemente lo hiciera el más notable de Monte Deva, con 22 m en el diámetro SO-NE y 1,50 m de altura máxima conserva-

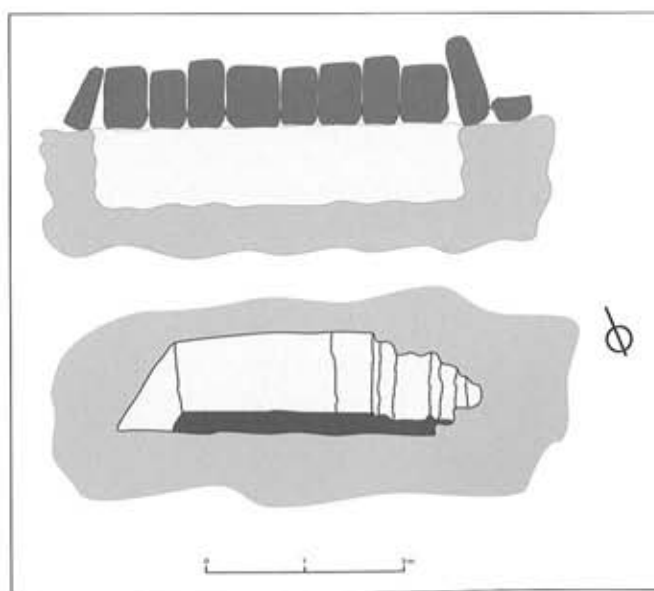


Figura 2.—Monte Deva III. Sector de la cámara excavada en la roca madre y, en alzado, recreación del complemento ortostático de las paredes.

da. Los 110 m² excavados no hicieron más que confirmar esa primera impresión, otorgándonos la imagen de un cuerpo arquitectónico poderoso, edificado con grandes bloques de arenisca transportados desde la cantera inmediata.

El cuerpo original, a caballo entre un cono bajo y el casquete esférico, se estructuraba a partir de varios anillos concéntricos, realizados también con lastras de buen tamaño encajadas en el basamento arcilloso natural debido a la alteración de las areniscas del substrato geológico. Entre los círculos, parte de cuyos constituyentes aún emergían de la cobertera de sedimentos, aparecía el relleno estructural que donde se conservaba intacto, en general en sus tramos inferiores, era de un abigarramiento ordenado de gruesos bloques sucediéndose en posición oblicua a modo de escamas. Los restos de un cinturón pétreo exterior o peristalito yacían apaisados, aunque pudo constatarse en algún caso su posición original enhiesta, gracias a la identificación tanto de la zanja de cimentación como de los calzos que fijaban las lastras. El túmulo, en suma, hubo de ofrecer originalmente la estampa de un potente montículo pétreo, delimitado por un círculo discontinuo de grandes lajas erguidas.

Un cráter amplio y profundo en el centro del montículo presagiaba la destrucción del ámbito sepulcral, del que en principio parecían perdurar solamente algunas lastras no demasiado grandes, en parte desplazadas de su ubicación. En esa circunstancia, el progreso de las excavaciones hasta el horizonte edificativo parecía excluir la posibilidad de reconocer las características del ámbito interno de la arquitectura. No dejó de ser sorprendente, por tanto, y afortunada, la constatación de la existencia de una oquedad abierta en la sólida roca madre. A medida que fue diseccionada pudo ser reconocida como una amplia cubeta rectangular, de no menos de 6 m² de planta, con una profundidad de 0,60 a 0,70 m, obtenida por el excavado del zócalo de arenisca, determinando paredes irregulares aunque de neta verticalidad.

La identificación de la infrecuente cámara labrada en el subsuelo permitió dar significado a algunos bloques paralelepípedicos dispuestos, aunque arrumbados por los saqueos, en los bordes de la misma e, incluso, entender otra de esas piedras de volumen regular, colocada a modo de umbral con otra contigua que actuaría de jamba de un probable portillo, abierto al SE, orientación frecuente en el ingreso a las cámaras en el megalitismo regional. En definitiva, pese a las limitaciones impuestas por una documentación fragmentaria, no creemos desorientada la recreación de una cámara parcialmente hipogéica, recreada en altura en sus cuatro costados por paredes ortostáticas. Ese vaciamiento del sector de base del recinto tumbal no deja de significar una alternativa verosímil a los esfuerzos cuantiosos derivados del transporte e instalación de grandes ortostatos. Una vez más, aflora la idea

del carácter discreto de los recursos humanos disponibles y la búsqueda inteligente de soluciones que no rebajaban la monumentalidad perseguida en cámara y túmulo.

El supuesto portillo debería corresponder, en consecuencia, al acceso, aunque angosto, a la cámara sepulcral. Nada, permite asegurar la fórmula de techado de esta última. Su ámbito requeriría una losa de cobertera de grandes proporciones, monolito que, dada la naturaleza de la roca disponible en la zona, no sería fácil de obtener. Ni un solo indicio permite, por otra parte, optar por un adelantamiento con varias lajas. Una hipótesis alternativa, se nos antoja plausible aunque a menudo orillada: en una región donde el bosque siempre fue extenso no sería extraña, incluso en arquitecturas con intención de longevidad, la techumbre horizontal de troncos, misión en la que las vigas de roble siempre se mostraron eficaces. Ya en otra ocasión proponía-

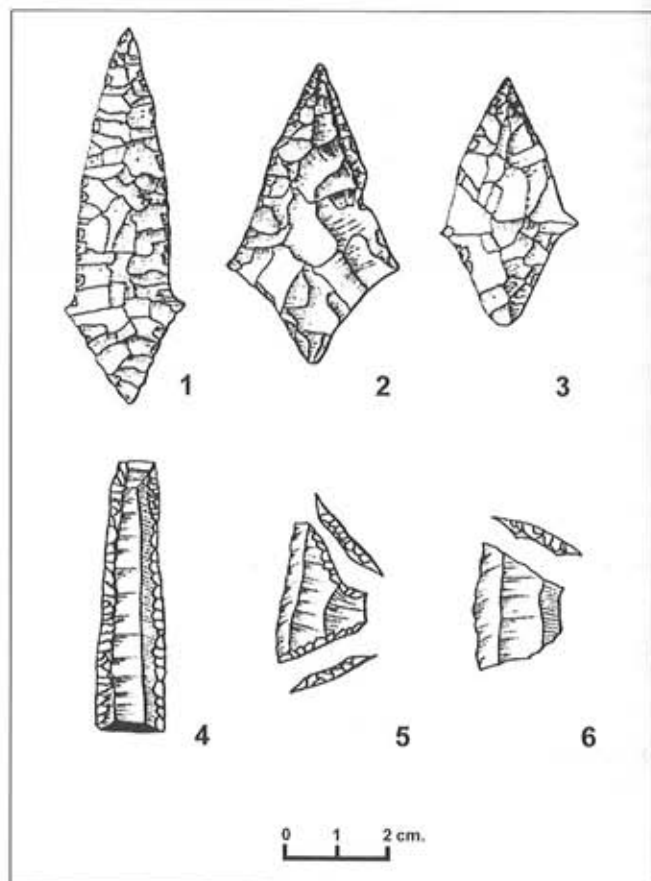


Figura 3.—Monte Deva III: grandes puntas foliáceas bifaciales, trapecio (5), truncadura (6) y taladro (4).

mos soluciones de esa naturaleza para algún megalito no lejano a este de Monte Deva (de Blas Cortina, 1992: 114 y 1999: 164), posibilidad también atendida en cámaras de planta circular de vano amplio como las de algunos sepulcros de corredor burgaleses (Delibes *et alii* 1993: 25) y en otros ámbitos megalíticos (Roudil y Bérard 1987-1988: 140-141). La combinación de la cámara excavada en el suelo y de una techumbre en madera no es, por otro lado, insólita en la lógica variabilidad estructural de las tumbas de enterramiento múltiple en el neolítico atlántico como parece acontecer en la de Essomes -sur- Marne (Masset 1993: 97).

La importancia de este megalito pseudohipogéico no es discordante con los restos de ajuar recuperados pese a la entidad de los saqueos. No es la cantidad, si no la calidad de tres puntas de flecha descubiertas lo que nos mueve a pensar igualmente en la personalidad de alguno de los inhumados, siempre teniendo presente la parquedad de las ofrendas en los megalitos cantábricos. Las puntas, de buen tamaño, muestran un esmerado retoque plano sobre ambas faces, compartiendo como atributos destacados las bases triangulares y las pequeñas aletas. Son tipos hasta ahora raros en los megalitos regionales y no dejan de reflejar en su diseño un cierto regusto occidental (Fig. 3), acaso señalando, una vez más, la afinidad con el megalitismo del NO. Se trata, en cualquier caso, piezas valiosas que no se abandonarían a la tumba sin la presión de normas sociales y fúnebres poderosas. Una, en especial, la más estilizada y de mayor virtuosismo técnico, mostraba tal

frescura en su talla que llegó intacta al sepulcro, acaso confeccionada *ex profeso* para la ocasión.

Su constitución mineral, sílice microcristalina, no parece muy distinta a la de ciertos cherts locales, nódulos de sílex intercalados en los depósitos del jurásico inferior de la llamada *Formación Gijón*¹. Es ésta una cuestión de interés, ya que de confirmarse el origen local de la materia prima, lo que de momento no es posible, se certificaría también la vigencia en la costa central de Asturias de esos tipos de puntas en sintonía con los que entendíamos característicos del ámbito más amplio ya señalado.

Hay además otro par de instrumentos en sílex: un trapecio, una truncadura oblicua con retoque abrupto y una lámina estrecha y gruesa con con retoque abrupto continuo en ambos lados. Si las dos primeras podrían inscribirse entre el armamento (armaduras de flechas), el tercero por sus rasgos tecnomorfológicos y solidez pudiera calificarse de perforador o pequeño taladro. La procedencia de los materiales se verificaba en el entorno de la cámara, en bolsadas de un sedimento gris o pardo que parece proceder del volteado antiguo del relleno de aquella.

EL TÚMULO MONTE DEVA V (Láms. 1 y 2)

A solo una treintena de metros al SO del megalito anterior se erige el túmulo V con una neta definición de su masa. A primera vista mostraba ya un aspecto bien distinto de Monte



Lámina 1.—El túmulo Monte Deva V durante la campaña de 1999, observándose en su estructura el predominio de los materiales sedimentarios.



Lámina 2.—Estructura sepulcral de lajas de Monte Deva V (campana de 2001).

Deva III: formas suaves sin que los perfiles se vieran quebrados por la emergencia de piedras, material inexistente tanto en la superficie del monumento como en su entorno.

Las excavaciones no hicieron más que corroborar con rotundidad la distancia estructural (y en las formas de uso) entre ambas arquitecturas. Monte Deva V era también de dimensiones aún estimables a pesar de la ineludible erosión de una arquitectura compuesta genéricamente por materiales térreos: 21 m en el diámetro N-S y una altura máxima de 1,70 m con respecto al sector más deprimido de su entorno. La excavación fue extensa, dado el aire enigmático que el túmulo ofrecía tras los primeros sondeos sin apenas presencia de estructuras pétreas inteligibles. La secuencia estratigráfica se ordenaba en episodios bien legibles: I, capa húmica; II, capa de matriz arcillosa marrón oscura con intrusiones de arcillas

amarillas; III, matriz terrosa marrón con lentejones más oscuros correspondientes al soterramiento de "tapinos" (tepes); IV, matriz arcillosa marrón rojiza con intrusiones de arcillas amarillas y manchones cenicientos; V, matriz terrosa gris oscura, casi negra y muy orgánica; VI, arcillas amarillentas del paleosuelo.

Esta sucesión de materiales se corresponde con las fases sucesivas de acumulación de sedimentos para dar cuerpo al túmulo, previamente extraídos de los alrededores lo que justifica la presencia de paquetes orgánicos correspondientes a fragmentos del antiguo tapiz de herbáceas, arrancado y soterrado en la masa tumular. Era este el panorama estructuralmente dominante, salvo la aparición de algunos bloques de cuarcita, dispersos por la base del monumento o constitu-



Lámina 3.—Vista aérea de las excavaciones de Monte Deva IX, apreciándose la incidencia del espolio.

yendo conjuntos inexpressivos. Acaso el hecho más notable fuera la presencia en el sector basal de un gran bloque de piedra: algo similar a un gran dado de 0,70 m en su lado mayor, bien visibles los restos de talla que le conferirían una llamativa regularidad. Su posición, intencionada tras su previo transporte hasta el lugar, era parcialmente periférica en el cuadrante SE del monumento. El área central presentaba la sempiterna depresión de expolio, en la que el revuelto no aportaba más que algunas agrupaciones de piedras sumamente discretas sin sugerir ningún dispositivo formal inteligible.

El descifrado de un túmulo tan hermético se derivó de la progresiva ampliación de la excavaciones, de las que se siguió el hallazgo de una estructura pétreo singular, algo desplazada del centro del volumen monumental pero muy próxima al mismo. La zona se hallaba totalmente intacta, de modo que la estructura permanecía intocada desde el momento en que fue recubierta por la masa tumular. Básicamente, dibujaba un dispositivo subrectangular construido con lajas inclinadas, orientado su eje en el rumbo ENE-OSO, con una longitud de 3,30-3,50 m, una anchura exterior máxima de 1,50-1,80 m y de 0,70-0,80 en el interior. Aunque carente de cierre superior conservado, y a pesar de la presencia de otras lajas prolongándose hacia el norte y de sendos bloques mayores en los extremos ENE y OSO, respectivamente, no dejaba de manifestarse como una especie de espacio sepulcral bien delimitado por el orden de las lajas aludidas.

La excavación minuciosa de este ámbito pétreo diferenciado no aportó elemento industrial alguno que pudiera ser entendido como ofrenda fúnebre; algunos materiales someros, lascas y un fragmento laminar de sílex localizados en otras de las áreas analizadas, no discuerdan con la naturaleza cultural del túmulo. No cabría decir lo mismo de un útil sobre canto rodado (*chopper*), correspondiente a una de las intrusiones arcillosas con las que hubo de llegar al túmulo, y de otras varias lascas de cuarcita. También de la historia reciente se documentó un pie de cuenco de cerámica vidriada, decorada con un trisquel (acaso un producto del alfar de Faro) y una pequeña pieza de azabache, rota, perteneciente a un botón o adorno similar.

La rara modalidad sepulcral que interpretamos cuenta, como veremos, con una cierta orientación radiocarbónica que propicia el reconocimiento de su adscripción a un tiempo de ruptura con lo megalítico.

LOS TÚMULOS VII Y IX Y LA CANTERA (Láms. 3 y 4)

Dos túmulos prometedores antes de su excavación eran los catalogados como VII (área del Observatorio) y IX, en el

extremo meridional del área funeraria, en lo que hasta hace poco se conocía como Casona de Rato. En ambos casos se pudo constatar, tras el análisis de áreas extensas de su volumen, una solución ya vista en otras ocasiones: el aprovechamiento de breves resaltes naturales en puntos topográficamente distinguidos. Estas microeminencias naturales habrían, sin duda, de realzar a los túmulos cuya constitución original sería mayoritariamente pétreo. Eso es al menos lo que se infiere de lo conservado: del arrasamiento de ambas arquitecturas restaba solamente su sector basal, mientras que el espacio central presentaba en ambas un gran hoyo de saqueo que hubo de dar al traste tanto con cualquier vestigio reconocible de las estructuras estrictamente sepulcrales como con el propio *solum* sobre el que se cimentaban, pe-



Lámina 4.—Vista aérea de la cantera.

netrando el expolio hasta una profundidad considerable del sustrato arcilloso. La brevedad de este informe no permite el detalle de lo que fue un empeño destructivo considerable que, finalmente, solo cabe justificar por el sistemático aprovechamiento tradicional de la piedra por los paisanos. Añadamos que el registro de las ofrendas padece los mismo límites: algún elemento laminar en Monte Deva IX no deja de recordar en su parquedad la filiación prehistórica de los vestigios.

Por último, merece especial atención lo que identificamos como área de cantera, inmediata al gran megalito de cámara pseudohipogéica. Desde el inicio de las tareas de limpieza resultó llamativa la notable abundancia de bloques de piedra, algunos de gran tamaño, en posición superficial siempre en el replano al NE del aludido túmulo III. Un primer reconocimiento visual, después el detallado levantamiento planimétrico de su distribución, y también algún sondeo sumario, vinieron a señalar posiciones desplazadas, caóticas, de los bloques, con distintos buzamientos de sus laminaciones y grados diversos de meteorización, desconectados de un suelo que en bastantes ocasiones se hallaba coronado por gruesas capas arcillosas. Fue necesaria, en consecuencia, la apertura de un área de excavación de la suficiente amplitud para develar las razones de una concentración tan cuantiosa de materiales pétreos, en franco contraste además con su absoluta inexistencia al SO del túmulo de referencia.

El trabajo con cuadrículas contiguas en una superficie de 170 m² aportó la solución del problema. Si, en principio, la ubicación de los primeros bloques excavados sobre estratos horizontales de arcilla (primero un potente tramo de barro ocre-amarillo, seguido de otro rojizo al que subyacía un paquete de arcillas gris-ocre) denunciaba que habían sido transportadas hasta su paradero, la ampliación del área analizada descubría otros bloques en contacto directo con un bancal soterrado de areniscas, zócalo semejante en su estructura al que acoge a la cámara pseudohipogéica del megalito III. Ciertos sectores exhumados de este crestón *in situ* mostraban una red de fisuras y diaclasas de génesis natural. Una tercera circunstancia afectaba a otros, desgajados del bancal y desplazados en superficie solamente algunos centímetros o, ya con toda nitidez, varios metros, siempre horizontalmente sin que la topografía del lugar pudiera favorecer un deslizamiento espontáneo. La discusión detenida de estas y otras circunstancias vino, en definitiva, a concluir en el reconocimiento de una cantera sobre areniscas de la llamada "Formación Vega", del Jurásico superior, de la que hubo de nutrirse el túmulo III con su cuantiosa acumulación de bloques. Obviamente, resultaría más confortable, que no más probatoria, la localización en el lugar de los percutores requeridos en ciertas fases del trabajo extractivo. Tal cir-

cunstancia es uno más de los albures de una excavación de ámbito muy limitado, frente a la amplitud del espacio susceptible de investigación.

Pese a lo dicho, no quedan resueltas de modo inapelable otras posibilidades que el campo de piedras nos sugiere; la identificación de la cantera no debería hacernos simplificar acontecimientos de una plausible complejidad. No sabríamos como darle la espalda a alguna otra opción, considerada la probable mixtura de los vestigios conservados: el que ciertos agrupamientos de formas llamativas provengan de estructuras prehistóricas dismanteladas. La imagen reiterada del espacio funerario como una mera reunión de túmulos no debería renunciar a la consideración, siquiera como hipótesis inspiradora de trabajos futuros, de la existencia de otras estructuras, igualmente firmes y acaso ortostáticas, integrantes del dispositivo monumental de un ámbito sacralizado por las grandes tumbas, en el que, precisamente por ello, se habrían producido celebraciones y encuentros propiciadores de la cohesión social megalítica.

ALGUNAS CONSIDERACIONES DE CONJUNTO

Las excavaciones de Monte Deva vienen a enriquecer de modo sustancial el conocimiento que en el centro de Asturias se va adquiriendo sobre las sociedades neolíticas e inmediatamente posteriores, bien es cierto que centrándose los trabajos, una vez más, sobre las manifestaciones arquitectónicas relativas a las prácticas mortuorias.

El estudio de los túmulos mejor conservados, los que dimos en denominar como III y V, aporta novedades nada desdeñables, tanto en su individualidad como en su contraste estructural y, pensamos, en la preceptiva ritual vinculada a situaciones culturales distintas. No deja de resultar en cierto modo singular el hecho de que dos construcciones vecinas ofrezcan conceptos arquitectónicos y un empleo de materiales tan divergentes. Si la fisonomía original del túmulo III puede ser imaginada, según apuntábamos, con la fuerza de su voluminosa masa pétreo y el enmarque de su peristalito, la del túmulo V ofrecería un aspecto bien diferente, toda vez que ni siquiera parece que haya contado con la frecuente coraza lítica como revestimiento externo.

Las distancias en el aspecto exterior no hacen más que incrementarse en la estructura interna: un infrecuente modelo dolménico, con parte de la cámara labrada en la roca madre, cavidad a su vez circunscrita por un sistema de anillos de gruesas lastras, frente a un túmulo de composición monótona a base de tierras y con un espacio sepulcral restringido que, en rápida calificación, debería entenderse como una sepultura, tal vez individual, de lajas.

La acusada disparidad arquitectónica no deja de ser reflejo de modalidades sepulcrales igualmente distanciadas. Nada habría que objetar en el túmulo III a un uso mortuario múltiple, acumulando con el tiempo en un mismo recinto, amplio y accesible, cadáveres acaso correspondientes a sucesivas generaciones. De todos modos, tampoco cabría desatender la notable singularidad del curioso recinto fúnebre. No hay, por el momento, testimonios de claro paralelismo en un amplio ámbito geográfico: cantábrico, meseteño o gallego, puesto que algún caso igualmente llamativo, pensemos en el pozo abierto en la cámara de dolmen de La Ermita, en Galisancho (Salamanca), responde en última instancia a un diseño arquitectónico clásico de la estructura estrictamente sepulcral, con respecto a la cuál el gran agujero en el suelo bien pudiera deberse, como así se ha propuesto, a la mera respuesta utilitaria a la escasez del espacio disponible para la recepción de nuevos entierros en una tumba con largo tiempo de uso (Delibes y Santonja 1986: 73 y 74).

Hay que idear en Monte Deva V, por el contrario, otro proceder funerario: la inhumación primaria de algún cuerpo o, con carácter secundario, de los despojos esqueléticos de varios para, seguidamente, quedar clausurada la tumba con la definitiva edificación del montículo tumular.

Restan, tras este bosquejo de los argumentos, bastantes consideraciones y matices aquí inabordables. La falta de ajuares en Monte Deva V, por ejemplo, requiere reflexiones detalladas, confrontando cuestiones relativas al sentido de la riqueza expresada en las ofrendas mortuorias, la diferente capacidad de acumular bienes de los grupos humanos, y también de renuncia a parte de los mismos entregándolos de forma irrecuperable a la tumba (¿hubo retirada posterior de los mismos una vez cumplido el ciclo de descarnizado del cadáver, como acontece en ciertos primitivos, y no tanto, contemporáneos?). O tal vez la arquitectura guarde relación no sólo con lo que hubo de ser un cambio en los procedimientos relativos a la muerte, sino, a la vez, con las modificaciones de la propia estructura social. Nos referimos a la especificidad en el trato funerario de ciertos individuos en posiciones de notabilidad moral (y acaso también material), circunstancia que les haría acreedores de una tumba exclusiva frente a un tratamiento menos ostentoso de la mayoría de sus contemporáneos, cuyo paradero *post mortem* ignoramos. También, y no es cuestión baladí, juega la capacidad constructiva de un grupo social, su entidad numérica y los límites derivados de la disponibilidad de recursos mínimos, a veces insuficientes para afrontar proyectos arquitectónicos de gran envergadura. Optamos en Monte Deva V, sin embargo, dada la morfología y el carácter restrictivo del espacio sepulcral, por la hipótesis de la tumba sencilla, —sin menospreciar las notables proporciones de su cuerpo tumular que

no harían precisamente inadvertido el monumento—, entendible por otra parte ya desde el neolítico final y, con mayor nitidez, en el calcolítico, cuando las situaciones de jerarquización social iban siendo más claras y frecuentes.

La mudanza de intenciones y posibilidades también pudiera estar vertebrada por la radicación temporal de los distintos monumentos. Monte Deva III es una tumba *sui generis* cuya época de erección correspondería, en virtud del tamaño del montículo tumular, su estructura y la amplitud de la cámara, a las fases de plenitud megalítica ubicables en los siglos terminales del IV milenio a. de J.C. Las puntas de retoque plano, a las que hasta hace no mucho se les venía otorgando fechas relativamente bajas, existían ya en la misma época, tomando como referencia, entre otras posibles, las dataciones AMS, debidamente calibradas, de los esqueletos heridos por flechas en el excepcional enterramiento alavés de San Juan Ante Portam Latinam (Vegas Aramburu 1999: 106), en el dolmen coruñés de Dombate (Bello Diéguez 1996) o en el megalito de pórtico de Monte Areo (de Blas Cortina 1999: 106). Monte Deva III, en suma, es una sepultura de fines del neolítico, si bien la fecha C14 AMS (*Beta 125598*), 3280 ± 70 BP; 1850-1490 *Cal. BC* (2 sigma) de un fragmento de carbón vegetal entre bloques al exterior de la cámara, corresponde al Bronce antiguo, denunciando un probable momento de actividad en el megalito, acaso alguno de los saqueos que sin duda hubo de sufrir en su larga historia.

Nada tendría de extraña la circunstancia antedicha si aceptamos, como guía para situar al enigmático túmulo V, la medición radiométrica de varios fragmentos de madera carbonizada recogidos en el ámbito intacto de la estructura de las lajas (*Beta- 165947*; *ratio 13C/12C, 25.0‰*), correspondiente al intervalo, igualmente calibrado a dos sigma, 2130-1740 *Cal. BC.*; por tanto, en un marco temporal a caballo entre el calcolítico avanzado y el Bronce antiguo.

Con tales presupuestos, la desigualdad señalada tendría parte de su explicación en la distancia temporal y en la ubicación de los monumentos en etapas culturales, al fin fases (pre)históricas, bien contrastadas. Sería, en suma, el de Monte Deva un nuevo testimonio de la duración, moldeada por cambios profundos, del valor funerario de un espacio inaugurado por los neolíticos con su ritualidad dolménica y todavía vigente, muchos siglos más tarde, en etapas de claro desarrollo de las técnicas metalúrgicas. La valoración minuciosa de la notabilidad de estos ambiguos túmulos tardíos, no megalíticos, como el V, la interpretación de su parquedad estructural y, a la vez, del indudable deseo de hacerse presentes en el paisaje al amparo de los ya por entonces viejos dólmenes, requirieron un, ya próximo, tratamiento particular.

NOTAS

- (1) Según informe elaborado por la geóloga M^a Soledad Anadón, al igual que la revisión de las características petrológicas y sedimentarias de las diferentes estructuras investigadas, en las que contó con la supervisión de la Dra. Motserrat Jiménez, de la Universidad de Oviedo.
- (2) La base de datos en ambas fechas corresponde a M. Stuiver y H. Van der Plicht, en *Radiocarbon* 1998, 40(3), pp. XII-XIII y M. Stuiver *et alii*, *Radiocarbon* 1998, 40(3), pp. 1041-1083.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLO DIÉGUEZ, J. M^a. (1996): «Aportaciones del dolmen de Dombate (Cabana, La Coruña) al arte megalítico occidental». *Actes du 2^o Colloque International sur l'art mégalithique. Revue Archéologique de l'Ouest. Supp. N 8*, pp. 23-39.
- BLAS CORTINA, M. Á. de (1999): *El Monte Areo, en Carreño (Asturias): un territorio funerario de los milenios V a III a. de J.C.* Ayuntamiento de Carreño / Mancomunidad de Peñas.
- (1992): Arquitecturas megalíticas en la Laguna de Niévares (Villaviciosa). Excavaciones de 1988 a 1990. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90*. Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, pp. 113-128.
- (1999): «Análisis e interpretación de una arquitectura prehistórica: el dolmen C de la Laguna de Niévares, en Villaviciosa, Asturias». *De Oriente a Occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olívarri*. Bibliotheca Salmanticensis. Estudios 205. Publicaciones Universidad Pontificia. Salamanca, pp. 161-184.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Ed. de la Diputación de Salamanca.
- DELIBES, G.; ROJO, M. y REPRESA, J. I. (1993): *Dólmenes de La Lora*. Burgos. *Guía arqueológica*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo.
- GONZÁLEZ, J. M. (1973): «Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias». *Archivum*, XXIII. Universidad de Oviedo, pp. 7-41.
- MARTÍNEZ VILLA, A.; REQUEJO, O.; CABO, C. y JIMÉNEZ, M. (1992): «Las cartas arqueológicas de Gijón y Villaviciosa. Métodos y resultados». Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, pp. 237-245.
- MASSET, C. (1993): *Les dolmens. Sociétés néolithiques. Pratiques funéraires. Les sépultures collectives d'Europe occidentale*. Paris. Editions Errance.
- ROUDIL, O. y BÉRARD, G. (1981): *Les sépultures mégalithiques du Var*. Ed. C.N.R.S.
- VEGAS ARAMBURU, I. y colabs. (1999): *El enterramiento neolítico de san Juan Ante Portam Latinam*. Vitoria. Museo de Arqueología de Álava.